

ción de aquel río con el Orinoco y con otros muchos afluentes que ponen en comunicación una infinidad de pueblos. Es el mayor río del mundo, pues ya desde su nacimiento, á treinta leguas de Lima, atraviesa casi todo el continente meridional, en una extensión de mil y cien leguas, recibiendo el tributo de otros doscientos ríos, alguno de los cuales es mas caudaloso que el Danubio. Á doscientas cincuenta leguas de sus bocas se deja ya sentir la marea, que en los días próximos á la luna llena y á la nueva, en su lucha con las aguas que descienden, produce el espantoso fenómeno conocido con el nombre de *pororoca* (1) elevándose aquellas en dos minutos á una grande altura, formando sus ondas montañas que con fragor horroroso destruyen naves, terrenos y todo cuanto encuentran (2).

1549.

Orellana trajo doscientos mil marcos de oro y muchas esmeraldas, que, según él decía, eran nada en comparación de los tesoros que había visto. Por esta razón se le envió con una nueva expedición, dándole el gobierno de los países que conquistase; pero le estaban preparados todos los desastres imaginables. Atormentóle la falta de agua durante el viaje; uno de sus bajeles se fué á pique con setenta hombres; con otros dos llegó á las bocas del río de las Amazonas y fué subiendo como á unas cien leguas; pero cincuenta y siete de los suyos murieron de hambre y otros muchos por las flechas de los salvajes; por último, él mismo murió de despecho y de fatiga, revolviendo siempre en su fantasía el soñado Dorado.

Entretanto Gonzalo Pizarro, al través de bosques y prados inextricables, se arrastró hasta el río confluyente donde había citado á Orellana; pero no encontró allí ni á este ni las provisiones; faltó entonces el ánimo á aquella desgraciada partida, y pensando que Orellana se habría perdido á impulsos de mayores peligros, juzgaron lo mas prudente volverse á Quito, distante cuatrocientas leguas. Anduvieron la vuelta de este país con indecibles penas, y despues de dos años de ausencia, Pizarro volvió á su gobierno con ochenta de los trescientos cincuenta Espa-

(1) Corresponde á lo que se llama *barra* en la desembocadura del Ganges, del Senegal y del Sena; y *masaret* en la del Garona y Dordonia.

(2) Despues fueron pocos los que hicieron el viaje de este territorio. En 1560 Pedro de Ursua, por órden de Hurtado de Mendoza, virrey del Perú; en 1602 Pedro Rafael, jesuita; en 1616 uno por órden de Francisco Borja, virrey del Perú; en 1639, el jesuita Cristóbal Acuña y Andres Artieda, enviados por el conde de Chinchon, virrey del Perú; en 1689, el jesuita Samuel Fritz, que hizo la primera carta del río, publicada en Quito en 1707; en 1725 Palacios y el franciscano Breda y Andres de Toledo; en 1743 y 44 La Condamine al medir un grado del meridiano; en 1794 el célebre naturalista Haentze, austriaco al servicio de España y compañero del navegante Malaspina, exploró los cuatro grandes ríos confluente, el Acayal, el Beni, el Mamoré, el Iténez, y ofreció á la corte de Madrid bajar hasta el Océano Atlántico, y lo hizo, pero sin fruto, por las rivalidades de España y Portugal; en 1828, el Corso Lister Mawe, lugarteniente de la marina inglesa, que imprimió una preciosa relación en Londres en 1829 sobre el estado actual de las misiones fundadas antiguamente sobre sus riberas. El congreso de Bolivia en 1834 ofreció 100,000 francos al primer buque que recorriese uno de los grandes ríos de aquella república.

ñoles con que había salido, y sin uno solo de los cuatro mil Indios.

Pero ni se había encontrado el Dorado ni el paso para las Molucas, que tanto importaba á Carlos V. Convencidos de que no había estrecho que pusiera en comunicación el Golfo de Uraba y el canal de Nicaragua, se propusieron diferentes medios para abrir un canal, siendo los principales, hacer descender el lago y profundizar el terreno por cuatro leguas que dista del Mar del Sur, ó bien seguir el río de los Lagartos, poniéndole en comunicación con el mar, ó por el río de Veracruz, ó abriendo un paso desde Nombre de Dios á Panamá. No hubiera superado esta empresa las fuerzas de España; pero se objetó que siendo los dos mares de nivel diferente, podría tener incalculables resultados.

Adelantábanse tambien las expediciones por la otra parte del Perú. Llamase Chile á una lengua de tierra que se extiende desde el Perú á la Patagonia y está comprendida entre el Grande Océano y la Cordillera de los Andes. Elévanse estos montes altísimamente, siempre coronados de nieve, por lo cual solo en algunos meses del año puede intentarse su paso. Veinte volcanes abiertos en toda su extensión hacen estremecer la tierra muchas veces al año, abriéndola para tragarse ciudades enteras. Forman al mismo tiempo un singular contraste la fertilidad del suelo, el cielo de perpétua serenidad, y los continuos rocíos que parecen convidar á los mortales.

Poco ántes de la venida de los Europeos, el Inca Yupanqui quiso sujetar aquellas pingües regiones situadas al Mediodía de su imperio, y sacrificando muchos ejércitos venció la obstinación de los Chileños, colocó entre ellos un ejército de ocupación, los mantuvo en la obediencia, y en breve consiguió hacerlos afectos á la civilización superior de los hijos del Sol. El último Inca, como ya hemos dicho, se vió obligado á conceder á los Españoles un testimonio, en virtud del cual los declaraba amigos y aliados, y mandaba á los Chileños que les recibieran como tales, por cuya razón costó poca sangre su conquista. Gobernó esta región primero Almagro, y á su muerte Pedro Valdivia, que llegó allá solo con ciento cincuenta Europeos; pero con gran número de auxiliares y algunos pares de animales domésticos, progenitores de los que constituyen hoy la principal riqueza de la América Meridional. Con el fin de establecerse en un punto desde donde sus Españoles no pudieran volver fácilmente al Perú, siguió Valdivia adelante por el valle populoso de Guasco, que en memoria de su patria llamó Nueva Estremadura, y á seiscientas leguas del Perú fundó á Santiago, hoy capital de Chile, y que tiene por puerto á Valparaíso.

Conocieron muy luego los Chileños que los Españoles eran los opresores, no los amigos de sus antiguos señores, y llevaron con tanta menos paciencia el yugo cuanto mas pesado era.

Obligados en masa á trabajar en los inusitados trabajos de las minas, morían á millares, y los que sobrevivían clamaban venganza, y continuamente se rebelaban dando muerte á sus opresores. Faltábanles sin embargo las principales cualidades de un pueblo en revolución, la concordia entre sí y la perseverancia, al paso que la una la tenían los Españoles por necesidad y la otra por naturaleza, levantándose de nuevo á cada golpe. Valdivia ganaba victorias, y fundó siete ciudades, que conceptuó necesarias para afirmar la posesión y proteger las minas; pero que en realidad disipaban sus fuerzas.

Araucanos.

Continuó hácia el paralelo 4º y dió su nombre á una ciudad en el fértil y frondoso país situado entre el Biobío y el Archipiélago de Chiloe. Habitaban allí los Molucos y los Araucanos, primogénitos de los Chileños, gente de hermoso y robusto cuerpo, de resuelta voluntad y celosos de su independencia, y que aunque no demos crédito á los escritores que les son favorables (1), tenían seguramente un órden civil muy completo, conocían las artes, los cálculos y la política, y acaso eran el pueblo mejor dispuesto entre los Indios para admitir la civilización, si se hubiesen conocido los medios de proporcionársela. Otra particularidad de los Araucanos era el cuidado que ponían en hablar, cuidado que llevaban hasta el extremo á que llegan los pedantes en nuestras lenguas. Obligábase á los extranjeros á cambiar de nombre por no introducir en su idioma voces extrañas, y los misioneros se veían á cada momento interrumpidos por sus oyentes, que les reprendían los defectos de gramática ó pronunciación, y aun despues de aprendido el español para los negocios públicos, recurrían al molesto medio del intérprete. Exenta de sonidos guturales, variadísima en el acento, es esta lengua armoniosa y regularísima en su formación, con una sola declinación de nombres, sencilla y constante conjugación del verbo, é indefinida facilidad para formar compuestos (2).

1553.

Los Españoles, sin comprender los medios que habían de emplear con esta gente, quisieron sepultarla en las minas, y Valdivia, convidando á su jefe á un banquete, le envenenó vilmente. Esta fué la señal general para la sublevación, acudillada por Caupolicán. Este comprendió que á ejércitos ordenados no debían oponerse desiguales masas, y comenzó la terrible campaña de guerrillas, en que el mismo Valdivia fué hecho prisionero, y de sus huesos y de los

1559.

(1) MIERS, en los *Travels in Chile and Plata*, Londres, 1826, trata de fábulas todo lo que Herrera y Ereilla, y despues á fines del siglo pasado Molina y el jesuita Harestadt (Chilidugu), habían asegurado acerca de la cultura de los Araucanos y de sus conocimientos en medicina, astronomía, geometría y poesía.

El escrito mas reciente sobre los Araucanos es el de LESSON, *Voyage pittoresque autour du monde*. Paris, 1830.

(2) Véase FÉBRES, *Arte de la lengua general del reino de Chile*. La palabra *Rucatumaclopaen* se compone de *ruca* casa; *tun*, fabricar; *ma*, interjección de súplica; *clo*, ayudar; *paen*, venir, y expresa: « Venid por favor á ayudar á fabricar una casa. »

de algunos otros Españoles hicieron pífanos con que animar á los suyos á la batalla. Sesenta años duró la guerra, y mucho mas el odio que se manifestaba á la menor ocasión, llegando algunas veces hasta destruir las ciudades de la Concepción, de Talacauano y de Valdivia. Los Españoles solo por intervalos podían enriquecerse lavando las arenas de oro en que abundan aquellos ríos, y explotando las minas que solo en los contornos de Valdivia rentaban al gobernador veinticinco mil escudos al día (1).

1867

En tanta estima tuvo Felipe II la conservación de Chile, que estableció una administración separada de la del Perú, esto es, una Real Audiencia situada en la Concepción, que se suprimió por economía en 1575, y fué restablecida en 1709. En nuestros días, sin contar los acontecimientos políticos de que ha sido teatro este país, ha tomado nueva importancia por sus minas de plata. En mayo de 1832, yendo un buen hombre á hacer leña por el pobre territorio de Copiapó, encontró algunos pedazos de oro, y no sabiendo guardar el secreto, al instante una porción de gente se dedicó á explotarlo. En los primeros cuatro días se descubrieron diez y seis filones, veinticinco á los ocho, y al cabo de tres semanas cuarenta. Durante los ocho primeros meses se recogieron cincuenta mil marcos de plata, dando el mineral sesenta, setenta, y algunas veces el noventa y tres por ciento.

Tambien en las tierras colocadas al Norte del Perú, que llamaron Tierra Firme (*Colombia*), y que por la orilla septentrional del Orinoco llegan al istmo de Panamá, los Españoles habían fundado muchos establecimientos por casualidad, por codicia ó por devoción. Carlos V, en una de aquellas repentinas escaseces de moneda á que le conducía su ambición, vendió á la casa de Welsler, de Augsburgo, á Venezuela, que era la parte al Noroeste de la moderna Colombia sobre el Atlántico y el Mar de las Antillas. El empleo de alguacil mayor debía perpetuarse en la misma familia, que ademas se hallaba exenta del pago de derechos por las provisiones que trajera á España, y tenía facultad de reducir á la esclavitud á los indígenas que no quisiesen trabajar, dando en recompensa de todas estas concesiones el quinto del oro que hallase.

Mucho desagradaba á los misioneros que el rey católico entregase los Indios á gente herética; toda alma humana debía enristecerse al ver que estos comerciantes tomaban el país conquistado como una especulación, maltrataban á los Indios, y gobernaban pésimamente el país que tan sin consideración había vendido la avaricia. Habiendo permitido la corte que se vendieran por esclavos los antropófagos, aquellos aventureros no vieron en todos los Indios mas que devoradores de carne humana. Uno de los cuentos vulgares que entonces abundaban, afirmaba la existencia de un palacio de oro en

(1) JUAN IGNACIO MOLINA, *Ensayo sobre la Historia civil de Chile*. Bolonia, 1787.

el interior del país; preparáronse para descubrirle, y cargaron con las provisiones necesarias una multitud de indígenas atados uno á otro por el cuello. Si alguno se moría, no se detenían por eso; le cortaban la cabeza para no perder tiempo en desatarle y seguían su camino. Excusado es advertir que sucedió con dicho palacio lo que con El Dorado.

No habiendo podido aun sujetar la provincia de Calamari en atención á la índole guerrera de sus habitantes, el oficial Don Pedro Heredia la sujetó por sí y ocupó el terreno que hay entre los dos grandes ríos Magdalena y Darien hasta el Ecuador. En una bahía muy extensa y fuerte fundó á Cartagena, que despues dió nombre á la provincia, y con sus muchas conquistas acumuló tanto oro, que el quinto correspondiente á la corona ascendió á veinte mil quintales de oro puro. Los habitantes fueron exterminados á millares, á pesar de la oposicion de los misioneros y del nuevo obispo de Cartagena.

Se sabía que caminando hácia Poniente se encontraría aun mayor cantidad de oro, y por todas partes cundía esta noticia y el deseo de hallarlo. Gonzalo Jiménez de Quesada se decidió á buscarlo; empresa no ménos ardua que la de Méjico y el Perú. Ochocientos ochenta y cinco Españoles se pusieron en camino en union de muchísimos Indios bautizados, á los cuales habian precedido Las Casas, Zambrano y otros dos misioneros. Muchos meses emplearon viajando con grandes trabajos por las Cordilleras hasta llegar al país afortunado. Los misioneros, en nombre del Cristo de que iban armados, prometían paz á los Indios, que por esto no oponían resistencia; pero los conquistadores deseaban encontrar al príncipe Bogotá, que era el que se tenía por opulentísimo. Á lo ménos esto no fué sueño como lo otro, porque verdaderamente los precursores encontraron una bonita ciudad, donde fueron recibidos con grandes fiestas como hijos del Sol.

Continuaban en tanto sus investigaciones los Españoles; pero aquel rey poco á poco fué advirtiendo la insaciable codicia de los adventizos, y mudó la cortesía en una hostilidad provocada por su barbarie. Mas los Indios sucumbieron como siempre; á las insinuaciones de Las Casas muchos se entregaron á la obediencia, y Quesada entró en Bogotá. Las riquezas sobrepujaron las grandes esperanzas; el orden civil, el culto, las tradiciones fabulosas, una corte bien arreglada, con trescientas mujeres en el harem, todo daba la apariencia de una ciudad bien civilizada, si el bueno de Las Casas no se hubiera aterrorizado y desengañado al verles sacrificar sus hijos.

Los naturales se llamaban Muisquios, y sus tradiciones referían que una señora llamada por su sabiduría Comizagal, tigre volante, blanca como una Española, y maga experta, visitó la provincia de Cerquin, y se estableció en Cesalcoquin, donde se adoraba el ídolo de tres caras espantosas, auxiliada por el cual consi-

guió la victoria y extendió sus dominios. Comizagal, aunque virgen, tenía tres hijos, entre los cuales se partió el reino, dejando excelentes máximas para gobernarle; despues viéndose morir, fué á buscar su lecho al templo, desde donde en medio de los truenos y relámpagos ascendió al cielo en forma de pájaro. Ella habia introducido entre los Indios el culto de los ídolos, uno de los cuales se llamaba el Gran Padre y otro la Gran Madre; á estos les pedían la salvacion, y á los demas las riquezas, el consuelo en los trabajos y la abundancia.

Otra tradicion refería que los padres de los Muisquios vivían desnudos y en la barbarie, sin artes, ni culto, cuando se apareció entre ellos un anciano procedente de la llanura al Oriente de las Cordilleras de Chingasa, el cual parecia de raza diversa de los naturales, con barba larga y espesa, y con tres nombres distintos, Bachica, Nemqueteba y Zuhé, que les enseñó á vivir en comunidad y cultivar las tierras. Llevaba consigo una mujer que como él tenía tres nombres, Chia, Yubecayguaya, Huytaca, tan bella como ladina, que siempre contrariaba á su esposo, dañando por la magia lo que él bendecía, y un sinnúmero de sus fechorías deshabetaron el valle de Bogotá. Por último, el marido indignado la mató, y se convirtió en la luna; Bachica entónces secó el valle y se introdujo el culto del sol.

Véase aquí una civilizacion tradicional, como en tantos otros lugares de América, donde se conservaban recuerdos de los tiempos antiguos; véase aquí una trinidad y una veneracion á los blancos, que redundaba en favor de los Castellanos, tenidos por de la estirpe ó enviados de Bachica ó de Comizagal. Pero los debieron de considerar muy pronto descendientes ó enviados del genio maligno, porque no saciados con el cúmulo de oro que robaban á mansalva, se hacían crueles por obtener mas, ostentando su conducta una contradiccion manifiesta con las máximas de caridad que Las Casas predicaba como fundamento de la religion de los invasores.

Internándose mas conquistaron otro país, y el rico reino de Tunca, á cuyo rey prendieron; despues á Sagamosco, metrópoli de la religion de Bogotá, donde habia un templo de maravillosa estructura, enriquecido con las ofertas de muchos siglos, y que por una casualidad se quemó. Por este contratiempo debieron creerse los Muisquios abandonados de su dios, y la conversion del supremo pontífice de aquel culto llevó tras sí una multitud de pueblo que de este modo quedaba sujeto á España, y los misioneros trataban de librar como podían de las violencias de los conquistadores.

Volviéronse, pues, con muchísimo oro; pero la retirada fué mas penosa de lo que podían figurarse; muchos murieron de hambre en el camino, como el Mídas de la fábula; otros, sorprendidos por la venganza de los Indios, se vieron obligados á abandonar su rico botín. Quisie-

ron vengarse en aquel mismo pueblo y mataron al rey Tizquesuca. Seguesagipa, su sucesor, fué preso, y despues de obligarle á enseñar los tesoros de su predecesor, fué ahorcado con toda su familia bajo indignos pretextos. Las Casas no podia hacer mas que lamentarse y dolerse de haber servido de instrumento á violentos latrocinios y exterminios feroces, á que él habia abierto la puerta, amansando á los naturales y prometiéndoles la paz y justicia del Evangelio. Quesada tuvo un fin desgraciado.

1338. De este modo se fundaba el reino de Nueva-Granada, dándole por capital á Santa Fe, pudiendo decir muy bien los Españoles que habian encontrado aquel Dorado que estaba en la imaginacion de todos. No trajeron tesoros; asesinaron á los habitantes, y los pocos que sobrevivieron se refugiaron en las Cordilleras, donde no se les reunieron ni hombres, ni perros, y donde permanecieron algunos siglos, hasta que llegada la hora que tarde ó temprano concede la Providencia, se rehicieron contra sus opresores.

CAPITULO X

Colonias españolas.

La España poseía, pues, en el Mediterráneo las islas de Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera, y la Sicilia; en África las ciudades de Ceuta, Oran, Mazalquivir, Melilla y el Peñon; en el Atlántico las Canarias; en Asia las Filipinas y algunos bancos en las islas de San Lázaro y de los Ladrones; en América las islas primitivas de la Española, Cuba, Puerto Rico, de los Caribes, la Trinidad, Santa Margarita, La Roca, Orchila, Blanca y algunas de las Lucayas; al Mediodía la Tierra Firme, el Perú, Chile, el Paraguay y el Tucuman; al Norte el antiguo y nuevo Méjico, la California y la Florida; en resumen, desde el 34° de latitud septentrional hasta el 53° de latitud meridional, es decir, una extension de cerca de seis mil millas á lo largo, ó sea la mitad de la superficie de la luna.

¡Cuántas ventajas no hubiera podido obtener con tan buenas posiciones, con las minas y los productos mas preciosos y diversos que ofrece la riquísima vegetacion de los trópicos, con los incomparables ríos de la Plata, de las Amazonas, Misisipí, San Lorenzo, si las hubiese reunido en un amplio sistema de comercio que abrazase el mundo entero! También hubiera podido adquirir inmensas riquezas, haciendo libre el comercio con América, segun aconsejaban reiteradamente los frailes de la Española. Pero esta era conocida solo por la guerra, no por el comercio, y el sistema de exclusion y la esclavitud la obligaron á hacer desgraciados á los habitantes que no perecieron, empobreciéndose y debilitándose á sí misma. Tan verdad es que las maravillas de la conquista no se debían á Fernando ni á Carlos, ni á su política dudosa y sospechosa, sino á la admirable actividad de

cada hombre en particular, independiente y muchas veces en oposicion con la autoridad, la cual, dispuesta siempre á poner obstáculos, disimulaba despues cuando se trataba de la arbitrariedad ó de las violencias cometidas. Y por último, cuando el gobierno restableció el orden, fué el orden de los cementarios, y la civilizacion y los descubrimientos tuvieron que buscar en otra parte fautores y oyentes.

La España, estimulada por las inesperadas riquezas que producía el descubrimiento de las minas, no se contentó con el comercio con los indígenas, y quiso poseer el suelo; se meció en el gobierno de las colonias á cuya fundacion no habia contribuido; las consideró como pertenecientes, no al Estado, sino á la corona, y los reyes de la casa de Austria que subieron al trono, considerándose como propietarios universales de los países conquistados por sus súbditos, creyeron que tenían el derecho de darles la concesion de las tierras, de nombrar los jefes de las expediciones, despues los magistrados, y de fijar los privilegios que debían conceder á los colonos. Pero no conocieron nunca, ó no quisieron emplear los medios de hacerlas prosperar, y encaminándolo todo solo á enriquecer la metrópoli, no trataron mas que de saquear los países sometidos, sin dejar los capitales necesarios para fundar extensos establecimientos, cuando aun no se conocía la omnipotencia de la asociacion. Las falsas ideas antiguas sobre economía política, resucitadas por Carlos V, adquirieron con su ejemplo nueva autoridad; y así se vió autorizado el tráfico de Negros, se obligó á algunas clases á trabajar solo en provecho de otras, se fijaron á las colonias absurdas restricciones en la produccion y obligacion de consumos inútiles, de modo que los plantadores viviesen á expensas de los labradores, y la metrópoli se llevase la ganancia de aquellos á título de diezmos, tarifas y otras gabelas. De aquí provino la desigual distribucion de la riqueza, el lucro del contrabando, los súbitos enriquecimientos, y las rivalidades industriales que han sido causa de tantas guerras modernas.

En la absoluta ignorancia del sistema colonial, é inclinándose los Españoles mas á las expediciones aventureras que á la paciencia agrícola, no se fijó la atención mas que en Méjico y en el Perú, que ofrecían metales preciosos; pero ni aun en estas provincias se pensó mas que en obtener la mayor cantidad de oro ó plata, no cuidándose para nada de los medios, é introduciendo el gobierno despótico mas absurdo.

No se consideraron, pues, los nuevos países como descubrimientos, sino como conquistas; ni tampoco podían llamarse colonias, sino posesiones del rey, que las concedía á quien quería con la carga de censos y tributos, gobernándolas por medio de lugartenientes, quitando á los colonos todo privilegio, y el derecho de intervenir en su propia administracion.

Convenia mucho al gobierno español que las